



## CAPÍTULO XXXI.

### GERAMB EN SUEZ, Y EN EL DESIERTO.

**E**S muy laudable la curiosidad de los lectores, que despues de haberse impuesto de una historia grande y prodigiosa, mayormente si pertenece á paises muy remotos y edades muy antiguas, quieren saber los pormenores de los lugares en que acontecieron los sucesos, y especialmente las particularidades de su estado actual. Esto nos ha determinado á dar la traduccion de un viage muy moderno en la parte relativa á los sitios en que pasaron los sucesos singulares que acaban de leerse.

La víspera de partir del Cairo, dice Geramb, aun estaba indeciso acerca de mi cabalgadura. „Id en una

yegua del desierto, me decian unos, y os será mas cómodo y suave el viage. No os aventureis, replicaban otros, seria muy penoso para ella soportar fatiga tan larga: preferid el dromedario, porque él es, como dicen los árabes, el *navio del desierto*.” Yo adopté este consejo, pero me quedaba la dificultad de procurarme un dromedario, y que sobre todo, fuera bueno. Sabedor de mi embarazo, el gobernador me ofreció uno de la caballeriza del virey, el que acepté prontamente. Me envió un bello dromedario blanco, ricamente enjaezado, cubierto de una magnífica silla de terciopelo morado y galoneado: llevaba en la pierna el hierro de su Alteza, hierro que visto desde léjos por los beduinos debia hacerme respetable.

En 14 de Febrero se reunió mi caravana en la casa del cónsul de Austria. El oficial que me custodiaba se presentó al cónsul, se inclinó delante de él y llevó sucesivamente la mano á su cabeza, á su barba y á su corazon, y le ofreció prodigarme todo su cuidado, y defenderme aun con peligro de su vida: los otros beduinos hicieron la misma protesta. Apenas monté en mi dromedario, me admiré de verme tan alto. Salí del Cairo por la puerta de la Victoria, sobre la cual se lee esta inscripcion: „Solo Dios es Dios; Mahoma es el apóstol de Dios, y Alí el amigo de Dios. La gracia divina esté con entrambos.

Mirando á lo léjos descubrí á la izquierda el obelisco de Heliópolis, que me recordó el sicómoro venerable que está junto á él, y que me ocultaban los

árboles que lo rodean. Pedí á la Santa Familia que descansó á su sombra, que bendijera mi viage: invoqué asimismo, en la efusion de mi corazon, á los santos para que intercedieran por mi salvador.

Poco á poco fueron desapareciendo las poblaciones, hasta que mi vista, á cualquiera lado que se dirigiera, no encontró ya mas que una llanura inmensa, desnuda y estéril, en una palabra, el desierto. Una cosa me admiraba, y era encontrar á cada paso maderas petrificadas; y era tanto mayor mi sorpresa, cuanto que yo no sé que haya habido jamas bosques por allí.

Habia salido yo del Cairo un poco tarde, y á las cinco horas de caminar, me hizo parar la noche, y ademas estaba yo muy cansado. Descargaron los camellos, é inmediatamente hice formar mi tienda de campaña, á la que iba á entrar cuando el gefe se me acercó, y señalándome el cielo me preguntó con aire suplicante... no es fácil adivinar la pregunta. Miraba el árabe el firmamento con atencion, donde solo brillaban las estrellas, y á pesar de eso, queria saber de mí si realmente estaba puesto el sol. Lo hubiera tenido yo por loco ó ciego, si mi genizaro no me hubiera recordado que los mamelucos que observan el Ramadan ó cuaresma no comen sino despues de puesto el sol, y si no hubiera añadido que mi árabe observando esa devocion, no se atreveria á comer ántes de estar seguro, por el testimonio ageno, que no se engañaban sus ojos.

En lo posible se procura acampar en un lugar del

desierto en que haya malezas, y se descarga pronto á los camellos, los que apénas se ven libres, se van á buscar un pobre alimento. Si se ve uno precisado á detenerse en lugar enteramente falto de yerbas, tan luego como se fija el sitio, salen algunos de descubierta en varias direcciones, y vuelven mas ó ménos pronto con provision de plantas secas con las que se hace una hoguera: todos se sientan á la redonda para preparar la comida, que por lo comun consiste en galletas sin levadura, hechas con harina y agua. Estas galletas son muy delgadas y se cuecen muy aprisa debajo de ceniza: otros comen arroz, cebollas ó leatejas: acabada la comida, se bebe á veces café, que en el desierto forma las delicias de los árabes. Los camellos tienen un instinto notable para hallar á su amo y el lugar que han dejado: á cierta hora vuelven espontáneamente al sitio donde los descargaron, y por todo alimento comen un puñado de habas.

Antes de salir el sol comieron nuestros beduinos lo que les quedó de la vispera, cargaron los camellos, y partió la caravana al alba, y durante once horas de camino solo encontramos arena, y alguna yerba seca. A la noche nos disponiamos cenar, cuando oí á mi gefe pronunciar en voz alta algunas palabras que creí del Coran, y las repitió tres veces, ceremonia que hizo tambien la vispera, y yo no habia notado. Pregunté á mi genizaro ¿qué era aquello? „Es costumbre ántes de comer, decir en alta voz: el que tenga hambre,

acérquese y coma." Esta práctica nace del espíritu hospitalario de los árabes.

Desperté repentinamente á media noche con un ruido y una luz extraordinaria; salí de mi tienda, y vi no lejos alrededor de una hoguera á mis beduinos orando. Aquel color quemado, aquellas barbas negras, aquellos turbantes blancos detras de los cuales estaban reunidos nuestros camellos, todas estas imágenes cuyo carácter hacia mas expresivo la llama que daba gran claridad hasta mi tienda, aquella actitud de recogimiento, aquellas palabras de religion que interrumpian el silencio de la noche, aquel desierto, aquel cielo puro, aquellas estrellas brillantes de que estaba sembrado, todo concurría á producir en mí una impresion viva y profunda. Contemplé conmovido largo tiempo este cuadro, digno de los mas ilustres pintores: él me recordó la oracion nocturna del monasterio; y afectado dolorosamente del pensamiento de que aquellos hombres eran de los que están sentados á la sombra de la muerte, rogué á Dios que los iluminara, derramando sobre ellos su misericordia.

Partimos al salir el sol, caminando entre colinas de arena que limitaban nuestras miradas á derecha é izquierda. Llegando á dos leguas de Suez, percibimos á corta distancia hácia la izquierda el castillo fortificado de Aschiroud, al sur del cual pasa la gran caravana que va á la Meca. Está situado este castillo en una llanura estéril que atravesamos agobiados de un calor inso-

portable, y desde allí comenzamos á ver á Suez y al mar Rojo, que recuerda los mas grandes prodigios de la proteccion divina á favor del pueblo de Israel.

Los alrededores de Suez presentan una melancolía que es imposible pintar: no se halla una hoja de yerba en muchas leguas en contorno: arena, polvo, piedras, esto es todo.

Por cualquiera lado que se vuelva la vista, todo ofrece un tinte pardo: pardo blanco, pardo subido, pardo algo mas claro, pero siempre pardo. Tiene el mismo aspecto que las cercanías desoladas del mar Muerto. Las rocas son áridas, el aire sin habitantes, todo es sombrío y lúgubre, y nada modera esta tristeza sino la perspectiva del mar, cuyas aguas son de un azul admirable. Lo interior de Suez corresponde á lo exterior: casas mal construidas, y miseria profunda: habitantes medio desnudos, y muchachos desnudos enteramente, los que como los egipcios tienen un color cadavérico y son muy feos, y la infancia, tan bella y tan interesante en casi toda la Europa, es horrorosa en Suez. Allí no se ve árbol ni planta, ni hay mas agua que la que se lleva de otras partes. Los habitantes de aquella poblacion mueren sin haber percibido el olor de una flor, sin haber cortado una fruta, y sin haberse refrescado con el agua limpia de una fuente, pues á distancia de dos leguas se va á traer penosamente la necesaria, y esa es de un gusto salobre, y se bebe con disgusto. Hoy se sabe que Suez es la ciudad antigua que en tiempo de los Ptolomeos se llamaba *Arsinoe* y despues *Cleopatria*.

M. Manoula, agente de la compañía de las Indias, me enseñó la cámara que ocupó Bonaparte, la silla en que se sentó y la mesa en que escribió. Yo posé en esta cámara, me acosté en el divan, me senté en esa silla, y escribí en aquella mesa. Abriendo mi ventana, ví el sitio donde este general, al volver de las *Fuentes de Moysés*, queriendo ahorrar dos leguas de camino en vez de costear la punta del gólf, atravesó el vado que está cerca de Suez: esto sucedió al anochecer, y la marea creció mucho mas aprisa de lo que se había creído, de modo que á pesar de los guias del país que lo acompañaban, poco le faltó para ahogarse. La oleada que se lo hubiera llevado, le habría ahorrado á la Europa mucha sangre y muchas lágrimas. Pero Bonaparte tenía la mision de castigar á la Europa, culpable de mucho tiempo atras, y por eso no debía él desaparecer así como todo azote, sino hasta que hubo cumplido con su encargo. Apoyado en mi ventana, me parecia ver á este hombre extraordinario en medio de las olas: veía yo á su caballo con las crines blancas, presentando el espacioso pecho á las olas amargas, y haciendo esfuerzos inauditos para llegar á la ribera, miéntras que el ginete, calmado, imperturbable, contando con su fortuna, pensaba en cosas diferentes del peligro que le amenazaba.

¡Cuántas reflexiones me asaltaron durante los pocos momentos que posé en la cámara que este hombre habitó! ¡Qué recuerdos se sucedieron entónces en mi espíritu!

„Con el poder de mi mano hice lo que hice, y con mi sabiduría lo tracé; y he mudado los límites de los pueblos, y despojado sus príncipes, y con el poder que tengo, he derribado á los que estaban en altos puestos.

„Y el poderío de los pueblos fué respecto de mi valor como una nidada de pajarillos; y como se recogen *del nido* los huevos que han sido abandonados, así reuní yo bajo mi poder toda la tierra, y no hubo quien moviese una ala, ni abriese el pico, ni piase.

„*¡Pero* por ventura se gloriará la segur contra el que corta con ella, ó se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve? *Eso es* como si se levantase la vara contra el que la maneja, ó se envaneciese el bastón, que al cabo no es mas que un palo.

„Por esto el soberano Señor de los ejércitos enviará la extenuacion á sus robustos guerreros, y arderá debajo de sus galas una como hoguera de fuego que los consuma.”

Así las palabras de Isaías me repetían lo que yo había visto, y me explicaban el fin trágico del conquistador, quien despues de ser por tanto tiempo la gloria de la Francia, viuda de sus reyes, y el espanto del resto del mundo, murió proscrito, confinado á una roca en medio de los mares, á dos mil leguas de un hijo proclamado rey al salir del seno de su madre, á dos mil leguas de aquellos de quienes fué el héroe, y á dos mil leguas de aquellos de quienes fué el azote, y que no dejó otra cosa suya sino un féretro sobre el cual estuvo pesan-

do la mano de Dios. Penetrado yo de un espanto religioso, me caí de rodillas, y adoré los terribles decretos de aquella justicia divina, para quien no hay obstáculos, que quiebra, si le parece, los tronos y los cetros, que forma y destruye las naciones, y da cuando quiere, y como quiere, el imperio, ó la muerte, la diadema, ó las cadenas.

Salí á las cuatro de la tarde para ir á dormir junto á las *Fuentes de Moysés*, y visitar el sitio donde, segun la tradicion conservada en la Arabia desde tiempo inmemorial, y conforme á la opinion de los sabios mas ilustres como Pockoke, Shaw, Sicard, etc. los israelitas perseguidos por Faraon pasaron el mar Rojo. Yo habia dado orden á mi jenízaro de llevar mis bagajes y de aguardarme allá costeano la punta del golfo: mi oficial debia seguirle, pero solo hasta la ribera opuesta á la de Suez, y conducir á ese lugar mi dromedario, y aguardarme allí. Pocos momentos despues me embarqué en un buque: como el viento era favorable, fué pronta la travesía, y encontré á mi oficial y á mi dromedario acostados en la arena.

Entré en la Arabia Petrea, por la que se pasa del Africa al Asia por este lado. Comprende este pais, como se sabe, la lengua de tierra que hay entre los dos golfos del mar Rojo, y se extiende hasta el Oriente del mar Muerto y al Jordan: se le llama Petrea por la muchedumbre de rocas que la cubren. Despues de cinco horas de camino en un terreno pedregoso y desigual, divisamos algunas palmas, que nos hicieron conocer que

estábamos cerca de las *Fuentes de Moysés*. Apenas llegamos á estos árboles, una caravana de beduinos que conducian carbon al Cairo, me rodearon al instante como á un objeto de pura curiosidad: los respetos y homenajes los recibió mi dromedario, porque era del virey.

Al rayar el dia me dirigí á las *Fuentes de Moysés*, de las que no distábamos sino algunos pasos: están situadas en la ribera oriental del golfo en frente del valle del *Extravío*, á cuatro leguas al Sur de Suez: son ocho las fuentes y están rodeadas de unas treinta palmas. Sus aguas son azufrosas, yesosas y de gusto desagradable, pero saludables á los animales, y así se apresuraron nuestros camellos á beberlas. Es grande su utilidad para las caravanas, que siempre han hecho paradas allí. Estas fuentes deben sin duda alguna su nombre al gran legislador de los hebreos, quien atravesó el mar Rojo en frente de estos manantiales.

Despues de haberlos visitado, tomé el camino de aquel mar, sobre el cual comenzaba á esparcir sus primeros rayos el sol.

Estaba yo frente á frente del lugar donde „extendió, Moysés la mano sobre el mar, abrióle el Señor por en medio, y soplando toda la noche un viento recio y abrasador, le dejó en seco, y las aguas quedaron divididas.”

„Con lo que los hijos de Isráel entraron por medio del mar en seco; teniendo las aguas como por muro á derecha é izquierda.”

„Entonces dijo el Señor á Moysés: extiende tu mano sobre el mar, para que se reunan las aguas sobre los egipcios, sobre sus carros y caballos.”

„Luego que Moysés extendió la mano sobre el mar, se volvió éste á su sitio al rayar el alba; y huyendo los egipcios, las aguas los sobrecogieron, y el Señor los envolvió en medio de las olas.”

„Así las aguas vueltas á su curso, sumergieron los carros, y la caballería de todo el ejército de Pharaon, que habia entrado en el mar en seguimiento de Israel: ni uno siquiera se salvó.”

¿Cómo podré explicar lo que pasó en mi alma al leer las Santas Escrituras, á la vista de este teatro, siempre memorable, de la infinita bondad de Dios para con Israel, y de su terrible justicia contra sus enemigos? Me parecia estar presenciando el doble espectáculo de la libertad de todo un pueblo perseguido al salir de Egipto, y atravesando el mar á pié enjuto bajo la protección de un brazo alto y poderoso, y del espantoso castigo de todo un pueblo perseguidor que se endurecia mas y mas á los golpes de la venganza divina, y que se abismaba ciegamente en las olas. Yo escuché el grito de desesperacion que Faraon dió á su ejército: „Huyamos, huyamos de Israel: el Señor combate por él contra nosotros.”

Estas palabras de Dios: „Sabrán los egipcios que yo soy el Señor,” resonaban en el fondo de mis entrañas y producian en mí un estremecimiento religioso.

Veja yo á este mar, y á esta ribera cubierta de frag-

mentos y de cadáveres, y delante de estos cadáveres y de estos fragmentos, á los padres, á las mugeres y á los hijos que contemplan pasmados y con ojos tristes á sus egipcios muertos, y reconocen la fuerza del brazo de aquel cuyo nombre es el Todopoderoso. Yo estaba como Israel sobrecogido de terror, y proclamé mi fé al Señor y á su siervo Moysés, y mezclándose al terror los sentimientos mas profundos de admiracion y de amor, quise que la ribera, que tres mil años ántes habia oido el cántico de reconocimiento de Moysés y de su pueblo, escuchara mi voz repitiendo el mismo cántico.

¿Cómo se ensancha el alma, cómo se eleva sobre los pensamientos vanos y las débiles objeciones de los filósofos; en esta tierra de milagros, donde, aun en una nacion infiel se conservan las tradiciones de las terribles venganzas del Señor! No es este el lugar de discurrir sobre las reflexiones que la incredulidad opone á los libros santos, para suscitar á lo ménos algunas dudas acerca de la naturaleza de un prodigio de que fueron testigos millones de personas, de un prodigio testificado con monumentos numerosos, con las ceremonias religiosas y anuales de todo un pueblo cuyos descendientes viven todavía, prodigio celebrado, recordado de edad en edad por los escritores, por los profetas y por los reyes á las generaciones contemporáneas, y sin el cual seria inexplicable la historia de los hebreos y su libertad. La mala fé de la mayor parte de los enemigos de la religion no puede contras-

tar la masa imponente de hechos que están ligados con este, y que sirven para evidenciar la verdad: en su impotencia la filosofía se ha visto reducida á buscar la explicacion en una causa puramente natural. Segun ella, el flujo del mar salvó á unos, y el refluo sumergió á los otros en el abismo de las aguas: como si el flujo y refluo pudieran obedecer á una mano extendida sobre las aguas, como si ellos separaran las aguas de ambos lados, y así las contuvieran, y las *condensaran como murallas en medio de la mar*; como si fuera posible suponer, que Israel supo, y que Faraon, sus generales, oficiales, ministros, sacerdotes y sábios, eran todos tan imbéciles que ignoraron lo que saben los hombres mas ignorantes, y aun los niños que habitan las costas marítimas: como si el movimiento sucesivo de las aguas durante el flujo y refluo no hubiera dado tiempo de retirarse y sustrarse de ellas á la mayor parte de los que habian tenido la temeridad de meterse en el lecho del mar. Esta experiencia la hice yo mismo en Suez en compañía de M. Manuola. Durante el flujo nos adelantamos cuando ménos hasta quinientos pasos dentro de la playa en busca de conchas, y nos convencimos que por pronto que suba la mar, las gentes, aun las de á pié, tendrían tiempo para tomar tierra aunque estuvieran mas léjos que nosotros de la ribera.

Estaba yo en el mismo desierto por donde pasó todo Israel, y aun puedo decir que caminaba sobre las huellas de sus piés. Este dia y los siguientes casi siempre, con la Biblia en la mano, recorrí uno á uno

los diversos prodigios con que el Señor habia guiado, alimentado, vestido y conservado la inmensa muchedumbre que conducia su siervo: aquella columna de nube, luminosa de noche, sombría de dia, que preservaba á todo un pueblo de los ardores de un sol abrasador, y señalando á la noche la hora y lugar de acampar: aquel maná que caía del cielo todas las mañanas, ménos el sábado, para alimentar á todos: aquellos vestidos que no rompía ni el tiempo ni la fatiga: aquellas aguas que á las oraciones de Moysés se hicieron potables perdiendo su amargura. Era para mí esta larga serie de milagros como un pensamiento habitual que me acompañó hasta el Sinaí.

Caminamos nueve horas sin ver la menor vegetacion: teníamos al Oriente montañas áridas, y al Poniente el mar Rojo. En el curso del dia encontramos una cantidad considerable de talcos en el camino, el que parecia estar sembrado de diamantes, ó de fragmentos de espejos. Era tal el brillo que reflejaba de los rayos solares, que me veía yo precisado á cerrar frecuentemente los ojos para no molestarme. Recogí algunos muy hermosos.

El dia 20 desperté ántes de la alba, salí de mi tienda y me senté á su puerta. Mis beduinos dormían cerca de mí, acostados alrededor de unos carbones medio apagados: al menor ruido levantaban los camellos la cabeza, pero se quedaban reposando sobre la arena: todo estaba en silencio. Era miércoles de ceniza, dia que consagra la iglesia especialmente para re-